



Guadalupe Curiel Defossé

*Tierra incógnita, tierra de misiones  
y presidios*

*El noreste novohispano según fray Juan  
Agustín Morfi, 1673-1779*

Miguel Ángel García Audelo (colaboración)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

172 p.

(Serie Historia Novohispana, 98)

ISBN 978-607-02-8306-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/tierra\\_incognita/noreste\\_novohispano.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/tierra_incognita/noreste_novohispano.html)

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México









Ante estas circunstancias, el último refugio seguro de la república de Benito Juárez también fue el norte. Sin embargo, la victoria del ejército del “pequeño Napoleón” fue fugaz, pues la Prusia de Bismarck avanzaba hacia el oeste de Europa y sus ejércitos estaban tan próximos a las fronteras francesas que el sobrino incómodo del fundador de los napoleónidas terminó por llamar a sus tropas activas en la campaña mexicana para tratar de contrarrestar este avance. Años más tarde, en 1871, su imperio perdería la guerra ante los prusianos, pero mientras luchaba por mantener su hegemonía en Europa abandonó a su protegido Maximiliano de Habsburgo para condenarlo a la trágica historia que conocemos. La acompañada victoria de la República, que avanzaba desde el septentrión, cubrió de gloria su propia historia cuando Maximiliano murió fusilado al pie del Cerro de las Campanas y culminó el 15 de julio de 1867 cuando Juárez entraba con su ejército en la ciudad de México. De la Segunda República nació el Porfiriato, y de esta *pax augusta* se gestaría la primera revolución del siglo XX y la más importante transformación de México en los últimos 104 años: la Revolución mexicana.

Ésta, la Revolución, también vino del norte, pero de uno deseoso de participar en la administración del gobierno y de ser protagonista de la vida nacional. Por primera vez, el norte mexicano daría su personalísimo sello a la historia mexicana no sólo con el inicio de la revolución en la persona de Francisco I. Madero, sino con toda la dinastía sonorense de políticos que no terminaría sino hasta 1934 con el ascenso de Lázaro Cárdenas, la expulsión del país del “Jefe Máximo” y su exilio también en el norte, esta vez en los Estados Unidos, donde finalmente murió en 1945.

Desde entonces a la fecha, la zona norte de nuestro país se ha transformado de manera tan sutil y profunda que a veces cuesta trabajo reconocer hasta dónde llega su mexicanidad. Dentro de todo, ha conservado algo que se mantiene invariable: su complejidad. La cercanía con Estados Unidos la ha influenciado de tal modo que en ambos lados de la frontera se ha creado una suerte de nueva identidad difícil de comprender y más difícil aún de conceptualizar historiográficamente. Ello es una labor complicada, pero no imposible. El breve análisis llevado a cabo hasta este punto ha tratado de dar una idea de la historia de esta región para así poder comprender por qué en estas latitudes desde donde escribo se ha olvidado aparentemente la importancia del norte, tanto novohispano como mexicano —centralista, federal o imperial—, el cual no ha dejado de dar notas de interés como la que a continuación presentaré.



Por principio, creo hallar la respuesta a tal despropósito en la historia misma. La Nueva España tuvo como eje de su historia y de su política en todos los ámbitos a la ciudad capital. Trescientos años de hegemonía pasaron en el desarrollo del México independiente, mientras que la experiencia de una guerra que terminó en la pérdida de la mitad de su territorio norteño generó un trauma tan profundo que se prefería olvidar el suceso para borrar disimuladamente el hecho de que alguna vez Texas, Nuevo México y California fueron tan mexicanos como Tamaulipas, Nuevo León, Chihuahua, Coahuila y Sonora. El norte tuvo una dinámica distinta desde los primeros contactos con los europeos que salían del centro del virreinato para tratar de hallar aquellos míticos lugares que sólo la imaginación medieval pudo concebir. El norte fue de interés para la corona española, la cual estuvo preocupada por la anexión total en términos políticos, económicos, sociales y sobre todo culturales debido a todo lo que ello significaba a nivel del sistema imperial que era España. El norte, que siempre fue tierra de misión, conservó vivas las andanzas religiosas que para el siglo XVIII habían desaparecido desde hacía mucho tiempo de Mesoamérica, donde los franciscanos brillaron por su magnífica perseverancia. En cada presidio establecido a lo largo de una larga línea que iba de Texas a las orillas de la Alta California, el elemento religioso estaba indisolublemente vinculado a esta tarea imperial, promovida vigorosamente durante los reinados borbónicos en la España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII. El impulso que las autoridades reales dieron a estas misiones en Texas y Nuevo México fue de tal magnitud que ha dejado una cantidad impresionante de documentos —entre correspondencia, relaciones, mapas, informes y muchos más papeles—, cuyo estudio no se agotaría ni con una ni dos generaciones de historiadores que se especializaran en tales sucesos.

En este marco se inserta el presente ensayo sobre la diversa información contenida en la *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas: 1663-1779*<sup>1</sup> y las *Memorias para la historia de la provincia de Texas*<sup>2</sup>, del franciscano español fray Juan Agustín Morfi (1735-1783). El eje rector de este trabajo parte de una aproximación para explicar una parte de la realidad norteña que abarca no sólo la provincia de Texas,

<sup>1</sup> Manuscrito contenido en el Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México —AFBNM—. Existe una edición moderna con una transcripción paleográfica, edición, prólogo, notas y apéndices de Guadalupe Curiel Defossé, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010, 330 p.

<sup>2</sup> Manuscrito resguardado por la Real Academia de la Historia de Madrid.

sino también algunos estados que hoy forman parte de nuestro país. La explicación de esa realidad no puede ignorar la importancia de los territorios vecinos que le daban sentido a esa región y que la hacían legítima parte del imperio español, como ha querido ver cierto autor haciendo de todo esto sólo una existencia nominal en los informes y relatorías de los funcionarios virreinales. Así pues, teniendo en consideración estos aspectos, adelantaré que, más allá de la descripción de hechos y lugares, el objeto de atención es el análisis de la forma en que fray Juan Agustín concibió toda una realidad —la del noreste novohispano en sus más dilatadas extensiones— así como sus conclusiones, las cuales hoy dan respuesta a muchas inquietudes sobre nuestra historia norteña.

## II

El origen de mi interés por el noreste novohispano, cuya historia acabo de dibujar de manera sucinta, se remonta a la década de 1990, cuando resolvía la instrumentación de una bibliografía comentada sobre la historia de Texas durante la época virreinal. En las búsquedas nominales de contenido y documental, apareció el nombre del mencionado fray Juan Agustín Morfi, natural de Oviedo y vecindado en la Nueva España hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Sus menciones a lo largo de dos siglos de bibliografía así como la existencia de una serie de manuscritos de su pluma y de otros tantos atribuidos a él permitieron pergeñar la imagen de un religioso con inquietudes intelectuales que rebasaban las actividades de su ministerio y que se veían aumentadas exponencialmente tanto con las lecturas que realizó en el Convento Grande de San Francisco de México como con las experiencias que vivió durante sus viajes a través del septentrión novohispano a lo largo de cuatro años. La mayoría de sus documentos con apuntes de diversa índole, definitivos unos, apenas esbozados otros, son resguardados por el Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México.

La revisión cuidadosa de sus obras permitió señalar con merecida razón a este hombre como un verdadero humanista cuyo impacto todavía no se termina de percibir, un humanista con una clara concepción de su propia realidad histórica y con los instrumentos sapienciales suficientes para tejer con maestría el relato sostenido de una historia que en su época no se terminaba de escribir, es decir, la del noreste de la Nueva España. Identificados estos elementos, tuve la suerte de formar parte del Seminario











